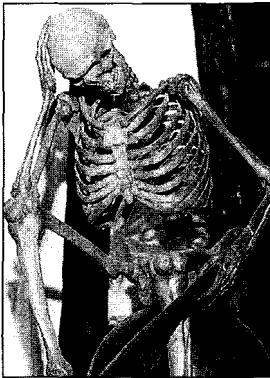


VICO, LA PROCEDENCIA, EL CUERPO

Giuseppe Patella



«La procedencia se enraiza en el cuerpo.
[...] El cuerpo [...] es el lugar de la *Herkunft*».
(M. Foucault, *Microfísica del poder*).

Este ensayo aborda la importancia del «origen» y de los «principios» en relación a la atención que Vico presta al cuerpo y a la corporeidad en los inicios. El cuerpo es, por tanto, a la vez un principio y trámite de humanidad; pero también como chispa y origen de conocimiento, como la puerta a través de la que entramos en contacto con el mundo, y entonces como el primer y esencial criterio de valoración a través del cual donamos sentido a las cosas del mundo mismo. La «sabiduría poética» de la *Scienza nuova* abre así a la posibilidad de un nuevo saber centrado propiamente en el cuerpo, que sin embargo no puede ser pensado como pasiva e instintiva sensibilidad, sino como creativa y activa sabiduría del sentido.

This paper is concerned with the importance of the «origin» and the «principles» in connection with particular attention Vico pays to the body. The body is both a principle and a source of knowledge, an open door through which we keep contact with the world. From this view it appears also as an essential criterion in terms of which we understand and make sense of the many different things which make the world up for us. The *Scienza nuova*'s poetical knowledge gives rise to a new type of wisdom rooted in the body, which, far from being inoperative or instinctive, is a wholly creative faculty.

Que la noción de «origen» sea cosa muy querida en toda la reflexión filosófica de Giambattista Vico es cosa ciertamente conocida y evidente—repárese aunque sólo sea superficialmente los «principios» en la múltiple acepción de «inicios», «orígenes» y «fundamentos»: *De antiquissima italorum sapientia ex linguae latinae originibus eruenda*; *De universi iuris uno principio et fine uno*; *Principi di scienza nuova*. Siendo así hasta tal punto que él mismo puede ser definido como el filósofo del comienzo, el pensador de los orígenes, o bien—como sugestivamente ha sido sugerido—el «poeta del alba»¹. Menos estudiada y sin embargo conectada a ésa del origen es en cambio la noción viquiana de «cuerpo», «corporeidad», sobre cuya centralidad e importancia se intenta ahora llamar la atención y probar a reflexionar².

La constante predilección viquiana por el tema de los orígenes, valga decir la persistente y casi obsesiva indagación de la génesis de las cosas, ése su continuo remontarse a la infancia del mundo, a la niñez del género humano, a los momentos primordiales de la civilización para aprehender la esencia de los fenómenos y, por tanto el sentido de su historia, su procedencia y evolución, halla justificación sobre el plano especulativo en una de las

«dignidades» más importantes de la *Scienza nuova*, que recita «la naturaleza de las cosas no es sino su nacimiento en ciertos tiempos y con ciertas circunstancias» (XIV), la cual atrae igualmente a otra dignidad según la cual «las doctrinas deben comenzar desde cuando comienzan las materias que tratan» (CVI), de modo que sobre estas bases se debe atender a la reconstrucción de cualquier disciplina partiendo siempre desde el inicio, desde los orígenes precisamente. Esto si embargo no deja siempre presuponer que en Vico se halle la intención de mirar a los orígenes como a algo sublime y noble, como si éstos fuesen la edad de oro. A lo más, propiamente por su peculiar acercamiento a la historia, definible en síntesis como «genealógico», por el que se puede comprender el sentido reconstruyendo el proceso de generación, las fases primeras de su desarrollo, indagando la procedencia, los orígenes aparecen justamente como cosa ruda, bárbara, bestial. Remontarse a los orígenes, indagar lo antiguo, desde esta perspectiva, no puede significar otra cosa que servirse de los instrumentos más adecuados para tratar de sacar a la luz los aspectos más lejanos y remotos del pensamiento, aquello que presenta los caracteres de la oscuridad, de la obscenidad, de la violencia, aquello que tiene que ver con la dimensión propia del sentido, con las pulsiones, las pasiones, los instintos. Y, probablemente con razón, puede Andrea Battistini sostener a tal propósito que por el remontarse viquiano a los orígenes y a lo que en ellos hay de perdido, de oculto, de alejado, a través de los instrumentos no de la lógica racional sino de la retórica, del arte de la memoria y del ingenio, concierne a Vico el apelativo de «antropólogo» antes que el de filósofo³.

Para reconstruir la historia de las primeras naciones, para acercarse a los orígenes mismos de la civilización es necesario, de hecho, poner entre paréntesis toda verdad preconstituida por los historiadores o por los filósofos –la denominada «vanagloria de los doctos»–, abandonar los instrumentos de la historiografía tradicional y una lógica de tipo científico, que terminan por relegar a la esfera de lo falso y de lo arbitrario todo lo primordial imaginario, mientras que necesita tomar en consideración los residuos, los fragmentos, los «añicos» de la humanidad, dice Vico, valga decir aquello que es únicamente considerado secundario e inesencial, o sea los mitos, las leyendas, las costumbres y las creencias populares, valiéndose del estudio de las lenguas, de la filología, de la etimología, valorizando al máximo la aportación de las facultades sensibles y perceptivas como la memoria, la fantasía, el ingenio. Y es por esta razón, por tanto, que el pensador de la *Scienza nuova* puede ser considerado como uno de los padres fundadores de las ciencias que estudian la cultura humana en sentido antropológico, desde el momento que en toda la propia reflexión Vico se demuestra perfectamente sabedor de querer evitar tanto esa postura, obtusamente positivista, de desprecio racionalista respecto a lo que contienen las creencias y las supersticiones de los primitivos, como si éstas estuviesen privadas de cualquier sentido, como esa otra postura manifiestamente ilusoria, típica de los doctos de profesión, según la cual detrás de la letra de los mitos y de los relatos arcaicos se celebraría una sabiduría oculta que sería posible alcanzar nuevamente y hacer valer en todo su esplendor. Aunque sea inaccesible por medio de categorías lógico-rationales, el «mundo mágico» de los orígenes no aparece por ello mismo desprovisto de fundamento; aunque insondable por la vía científica no está por ello mismo privado de valor en sí heurístico y no cesa de estar dotado de su propia autonomía y legitimidad. Al contrario, esto impone tanta mayor atención y consideración cuanto mayor se muestra su lejanía y alteridad. Según tal nuevo acercamiento a la historia, el tiempo de los orígenes no tiene por ello en sí algún sentido escondido, no representa una cosa pura y rarefacta, sino que tiene justamente que ver con la dimensión propia del sentido, está siempre implicado con la evidencia propia del cuerpo. Al origen está por tanto el cuerpo, y el cuerpo es

tiempo, historia. Así que, junto a un Vico original pensador de los orígenes, hay también un Vico delicado teórico del cuerpo.

Bien visto, efectivamente, en el nuevo enfoque antropológico de la misma reflexión operada en la *Scienza nuova*, Vico concreta en el cuerpo el elemento esencial de su análisis, hasta el punto de que la propia obra maestra madura podría hasta ser leída como una larga reflexión en torno al cuerpo y a las facultades coligadas a éste. El cuerpo es el punto de partida desde el que Vico comienza a elaborar el conocimiento de la realidad, con el que consigue construir el propio sistema de comunicación y el propio lenguaje, a organizar el propio saber y, por tanto, a vivir y pensar humanamente. Innumerables pasajes sacados de la obra maestra viquiana documentan con claridad cómo en el tiempo de los orígenes todo gira en torno a elementos de naturaleza corpórea y cómo la humanidad salida del diluvio se ha encaminado «trecho a trecho» a descubrirse a sí misma trabajando, por así decir, propiamente en torno al núcleo originario de sentido que es el cuerpo. Si el manantial del pensamiento viquiano es de clara naturaleza corpórea, lo es porque la primera y originaria sensación del individuo es precisamente aquella del propio cuerpo y aquella por la que en el proceso de figuración fantástico-pasional todo se mide por ello y con ello se compara. Como gigantes del género humano, porque «fueron por naturaleza de cuerpos robustos», cuando «finalmente el cielo brilló con fulgor, tronó con rayos y truenos espantosos», los primeros hombres «espantados y atónitos ante ese gran efecto del que ignoraban la causa, alzaron los ojos y advirtieron el cielo», y por la «vasta imaginación» de sus mentes, que «en nada eran abstractas, ni en nada sutiles, ni en nada espiritualizadas, porque estaban totalmente inmersas en los sentidos, rendidas completamente a las pasiones, todas sepultadas en los cuerpos», «se imaginaron que el cielo era un gran cuerpo animado, que por su aspecto llamaron Júpiter»; y haciendo «de toda la naturaleza un vasto cuerpo animado que siente pasiones y afectos», «tales hombres todo lo que veían, imaginaban e incluso lo que ellos mismos hacían, creyeron que era Júpiter, y dieron el ser de sustancia animada a todo el universo del que podían ser capaces [de concebir] y a todas las partes del universo» (SNS, §§ 377-379).

Por el modo de sentir de la humanidad gentil, la naturaleza es así percibida como un vasto cuerpo animado, atravesado por muy violentas pasiones y afectos que se manifiestan en una heterogeneidad de fenómenos, percibidos todos de manera antropomórfica, suscitando pasiones corpóreas (terror, estupor, pudor, maravilla) y solicitando profunda atención hacia sus manifestaciones, hacia sus signos. Manifestaciones y signos que los primeros hombres no pueden por menos que percibir e interpretar inmediatamente con los instrumentos a su disposición: relámpagos y resplandores del cielo, por ejemplo, para la mente de los primeros hombres, mente «cortísima» de razón, pero «vastísima» y «robustísima» de fantasía, no son fenómenos físicos y atmosféricos, sino verdaderas y propias manifestaciones de la divinidad y de su poder, de Júpiter como si «con el zumbido de los rayos y con el fragor de los truenos quisiese decirles algo». De aquí el nacimiento de las religiones —puesto que «los primeros hombres del mundo gentil, simples y rudos, por el fuerte engaño de robustísimas fantasías, todas repletas de espantosas supersticiones, creyeron verdaderamente ver a los dioses en la tierra»— de las que comenzó la humana convivencia, el mundo civil y la historia de las naciones, las cuales, como es sabido, «corren en el tiempo» sobre una «historia ideal eterna» (SNS, § 3 y § 8).

La primera cosa que el hombre advierte es su originaria exposición al mundo, el primigenio abrirse a éste de su cuerpo. Es de hecho en el lugar de esta apertura donde adviene la humana experiencia del conocer, que desde el estupor inicial del ver prosigue en el inten-

to por parte del cuerpo de donar sentido a las cosas. Desde el miedo material al fulgor tiene, por tanto, inicio el mundo humano y es el órgano de la vista, que por primera vez advierte el fenómeno, el destinado a dar comienzo al conocimiento: un conocimiento del todo fantástico y no obstante cierto, poético e igualmente real. La primera percepción es precisamente corpórea —«la contemplación del cielo realizada con *los ojos del cuerpo*» (SNS, § 391)— y este estupor primordial frente a los fenómenos meteorológicos se anima poco a poco con una «corpulentísima fantasía» que permite advertir la realidad de manera fantástica y animada, que «perturba excesivamente» y crea ella misma la realidad con aquella «maravillosa sublimidad» que es propia de los poetas. El saber que tiene origen en el cuerpo no es prácticamente diferente del saber de la poesía, se trata de una misma sabiduría: la sabiduría del cuerpo es sabiduría poética, así como es sabiduría histórica. Y la radicación corpórea del saber poético es inmediatamente perspicua si se considera el hecho de que las facultades sobre las que se funda, es decir «vívido *sentido* para sentir los particulares, fuerte *fantasía* para aprehenderlos y engrandecerlos, agudo *ingenio* para enmarcarlos en sus géneros fantásticos, y robusta *memoria* para retenerlos», son facultades que «pertenecen, sí que es verdad, a la mente, pero tienen sus raíces en el *cuerpo* y toman vigor del cuerpo» (SNS, § 819). Mental y corpóreo, en la sabiduría poética, constituyen entonces una unidad toda: el cuerpo, como el sentido, no es para Vico algo pasivamente inerte, sino centro y fulcro de energía. Si en efecto, como infantes del naciente género humano, los primeros autores de las naciones «reducían las funciones externas del ánimo a los cinco sentidos del cuerpo», los advertían «percibidos vívidos e intensos, ya que tenían muy poca o ninguna razón y todos ellos robustísima fantasía» (SNS, § 705).

Por esta asociación de sensibilidad y vitalidad fantástica, de fuerza física e ímpetu pasional, eficazmente simbolizada en el primer estadio de la civilización humana por las figuras de los gigantes, cuyo universo fantástico nos resulta verdaderamente difícil de entender a causa de la «naturaleza de nuestras mentes humanas, demasiado alejada de los sentidos [...] con tantas abstracciones [...], y demasiado sutil [...], y casi espiritualizada» (SNS, § 378), el cuerpo aparece como el núcleo de la primordial conciencia humana, porque es el lugar físico en el que acaecen y se manifiestan las modificaciones sustanciales que implican su ser y su destino. Es precisamente en el cuerpo donde se da de hecho la más inmediata y macroscópica diferencia entre gentiles y hebreos: si los primeros son efectivamente gigantes, fieros, rudos y horribles bestiones, *patagones* de vasta y deformada corpulencia, los otros, los seguidores del único Dios, son en cambio hombres de «justa corpulencia». Y es entonces de aquí, valga decir desde el cuerpo mismo, que es necesario partir, desde la tarea que de ello se cumple, desde el freno de sus pulsiones bestiales, la «limpieza», la «educación» y el «cuidado» que los cuerpos reciben para que se tenga el lento pero constante progreso de la civilización. Mas si la «educación» y la «limpieza» de los cuerpos, como se evidencia en el párrafo 371 de la *Scienza nuova*, representan significativamente aquello que diferencia a la religión hebrea, es sin embargo verdad que propiamente «con tal limpieza de los cuerpos y con el temor de los dioses y de los padres, que se descubrirá, tanto de los unos como de los otros, haber sido espantoso en los primeros tiempos, sucedió que *los gigantes se degradaron hasta nuestras estaturas normales*». Un mismo *timor dei* auna por ello a hebreos y gentiles e impele a la «educación» de los cuerpos, y puesto que, según sostiene Vico, «educar» envía etimológicamente a «sacar fuera», educar el cuerpo significa propiamente «*edurre*» o «surgir en cierto modo la forma del alma humana, que en los vastos cuerpos de los gigantes estaba totalmente sepultada por la materia, y de sus desmesurados cuerpos gigantescomen-

zó a surgir la forma del cuerpo humano de justa corpulencia» (§ 520). El miedo a la divinidad, el «pensamiento espantoso» del dios, «puso *modo y medida* a las *pasiones bestiales* de tales hombres perdidos y las convirtió en *pasiones humanas*», de modo que de aquí «debió nacer el *conato*, que es propio de la voluntad humana, de poner freno a los movimientos impresos en la mente por el cuerpo» (§ 340). Son entonces los sentimientos de miedo y de pudor, *metus numinis* y vergüenza que, advertidos directamente por los cuerpos, propician la educación de los cuerpos mismos, imponen el estar «quietos» en lugares seguros, al «cubierto», el darse únicamente a «uniones carnales religiosas y púdicas» con las que se «celebraron los matrimonios e hicieron hijos ciertos, y así fundaron las familias» (§ 13).

Es innegable que la centralidad del cuerpo aparece en dicho modo para la humanidad gentil, pero aún más importante llega a ser esta misma centralidad si se para mientes en el hecho de que para Vico, también etimológicamente, llega la humanidad toda, la humanidad en general, la *humanitas* verdadera y propiamente, aquello que entonces cualifica más esencialmente al hombre y a la civilización en cuanto tal, a formarse a partir de lo que se podría definir la atención, el «cuidado», el «culto» verdadero y propio del cuerpo. En la «vasta imaginación» de la mente viquiana, que nada tiene que envidiar a la «robustísima fantasía» de los primeros hombres, la humanidad «tuvo comienzo con el '*humare*'», que quiere decir «sepultar», así que ser humanos significa propiamente dar sepultura a los cuerpos, respetar los cuerpos en su sagrado e inviolable valor. Las «sepulturas» indican por ello el culto que se debe a los difuntos, a los cuerpos de los difuntos. Y no es por tanto casualidad que las «tres costumbres eternas y universales» de todas las naciones, «tanto bárbaras como humanas», valga decir *religiones, matrimonios y sepulturas*, estén acomodadas al reclamo del cuerpo. Así, sobre la base del común motivo corpóreo, que hace de las religiones la *limpieza* del cuerpo, de los matrimonios la *educación* del cuerpo y de la sepultura el *culto* del cuerpo, éstos que son los «tres principios» que rigen la historia de los pueblos, o sea aquello que de más esencialidad hay como fundamento de la *humanitas* en cuanto tal, no pueden más que connotar el cuerpo como «principio», en la doble acepción de origen y fundamento, de toda humanidad, e indicar, por así decir, el *sentido común del cuerpo*, que es la ley universal a la base del mismo derecho natural de las gentes; ley que por ello se debe «custodiar santamente [...] para que el mundo no se embrutezca y no vuelva de nuevo a la selva» (§ 333). El cuerpo es, por tanto, a la vez un principio y trámite de humanidad, de civilidad y de religiosidad. Y éstos –anota Vico al cerrar la sección *Del método* en su obra principal– son «los confines de la razón humana. Y quien quiera salir fuera de ellos, vea si no se sale de toda la humanidad».

De este análisis emerge con claridad cómo para el pensador de la *Scienza nuova* el cuerpo sea tanto chispa y origen de conocimiento, como la puerta a través de la que entramos en contacto con el mundo, y entonces sea también el primer y esencial criterio de valoración a través del cual donamos sentido a las cosas del mundo mismo. Si bien esto está ciertamente conectado a la idea de límite, de aquello que tiene un límite o que se autolimita, a la idea de la finitud, de la particularidad, bien visto, el cuerpo de los primeros hombres todo vívido sentido y muy robusta fantasía, en el centro de la obra viquiana, parece incluso estar siempre tendido más allá de sus propios confines, dirigido hacia algo distinto de sí, provocado por aquello que es exterior, animado por así decir por fuerzas (necesidades, emociones, pasiones, deseos, acontecimientos) que lo trascienden, que lo hacen siempre salir de sí, lo empujan con fuerza al exterior haciéndolo llegar a ser como un seguro lugar de desemboque de las cosas, un espacio de encuentro del mundo. Su inmediata apertura sobre las

cosas y sobre el mundo es por tanto también lo que lo define como no-limitado, no-finito, como un continuo tender más allá de sí mismo: su ser siempre en tensión hacia aquello que lo supera, que lo domina, se le escapa. No se da nunca absolutamente en presencia, es más bien ulteriorización, retorno, símbolo, que excede continuamente su propia dimensión fisiológica, anatómica, naturalista, siendo sin embargo determinado esencialmente por ésta⁴.

El cuerpo, tal y como es problematizado por Vico, no está por tanto nunca encerrado en sí, no está nunca recogido en su cerrada inmanencia, sino ya al instante fuera de sí, siempre dirigido hacia otra cosa distinta de sí, «intencionado» podría decirse, abierto al (sobre el) mundo, porque el cuerpo representa el lugar que se abre al mundo y, viceversa, el lugar en que el mundo mismo se abre. En este sentido el cuerpo tiene ya en sí un mundo porque es parte del mundo, aquella parte, sin embargo, sin la que el mundo mismo no hallaría manifestación. Está originariamente desnudo, y por esto descubierto y expuesto al mundo: el miedo, el *metus numinis*, el pudor, la maravilla, la curiosidad, son verdaderamente los sentimientos primordiales por los cuales es literalmente trastornado, abrumado –y en los estudios sobre el pensamiento viquiano probablemente no se ha insistido suficientemente en la centralidad de estos elementos, desde el momento en que en torno a dichos elementos la *Scienza nuova* no construye sólo una precisa antropología filosófica, sino también, y no secundaria-mente, aquello que se puede definir como una verdadera y propia estética del cuerpo.

Esta apertura originaria del cuerpo, este su ex-ponerse primigenio al mundo, es también aquello que permite encontrar directamente las cosas, proyectarse sobre ellas y dejarlas venir en contra, en vez de aferrarlas ni de apropiárselas. La sabiduría que nace del (con el) cuerpo es capaz de conocer las cosas y de reconocerlas porque éstas están ya siempre expuestas para ello: éstas se hallan precisamente en la originaria conexión intencional con el cuerpo que constituye un natural y espontáneo orden de referencia, un fondo sensible común que viene antes de toda comprensión racional, del que se necesita siempre partir y al que se necesita siempre mirar. Según tal visión, pensar no significa quedarse solipsísticamente aprisionados dentro del propio cuerpo (yo) –como acaece en cambio por el *cogito* cartesiano– sino, al contrario, exponerse completamente a la irreductible pluralidad de aquello que no está en sí, sino fuera de sí, dejar espacio a todo lo que se ofrece a la mirada del cuerpo, abrirse a la oferta del mundo correspondiéndole a éste con la originaria exposición de nuestro cuerpo. Antes de reflexionar con «mente pura», expresa la famosa dignidad viquiana, los hombres «advierten con ánimo perturbado y conmovido», por tanto acogen todas las solicitudes procedentes del exterior experimentándolas activamente con el propio cuerpo, reelaborándolas de forma pasional, emotiva y, a partir de ello, agregan una vivida significación del mundo. Lo que significa también que el pensamiento no desciende de modo directo de una entidad pura y destacada como la mente, el espíritu, sino de un compromiso originario con el cuerpo que condiciona y determina la naturaleza. En este sentido, como destaca Giuseppe Modica, la corporeidad es el límite positivo de la mente, ya que «circunscribe y vuelve a dimensionar las funciones puramente racionalistas del acto mismo en las que extiende y amplía el ejercicio en la corporeidad»⁵.

Una unión de cuerpo y mundo viene antes de toda cosa, constituye aquel «sentido común» como reserva natural de sentido que reclama de cerca el concepto, de husserliana memoria, de *Lebenswelt*. Como el mundo es ofrecido al sentir primigenio de nuestro cuerpo antes entonces de todo razonamiento, así nuestro cuerpo es naturalmente «intencionado» al mundo. La primordial sabiduría del cuerpo no puede entonces más que fundarse sobre la conexión originaria de cuerpo y mundo, sobre el «sentido común» constituido por el víncu-

lo de cuerpo y mundo. Todavía, como aquello que en la propia inmensidad trasciende el cuerpo, el mundo es también lo que primariamente ofrece al sentir de nuestro cuerpo, juntamente a otros cuerpos, aquello que es irreductible a los cuerpos mismos, aquello que los excede, los sobrepasa y los impele continuamente a salir de sí mismos, constriéndolos a un esfuerzo de significación continua que procede poco a poco hacia órdenes de referencia siempre más complejos, pero que no pueden dejar de tener como lugar de origen y criterio significativo el cuerpo mismo. El cuerpo llega a ser así lugar del sentido, de la sensibilidad, y ámbito de donación de sentido, excluye de tal manera toda su reducción a una función meramente orgánica, fisiológica, a una dimensión meramente naturalista de cuerpo-simple y abre en cambio a la posibilidad de un nuevo saber centrado propiamente en el cuerpo, que sin embargo no puede ser pensado como pasiva e instintiva sensibilidad, sino como creativa y activa sabiduría del sentido.

Desde esta perspectiva pensable el cuerpo de la sabiduría poética viquiana no es como un objeto puramente mecánico, una envoltura vacía de todos aquellos componentes que no entran en los angustiosos límites de la cantidad y de la extensión, una mónada sin relación, autosuficiente y autorreferencial, ni tampoco como un impedimento material, una prisión del alma, de la mente, del espíritu, un límite insuperable del pensamiento. El cuerpo descrito por la *Scienza nuova* es justamente un *continuum* fluido de dentro y fuera, un tejido vital en el cual lo interno y lo externo viquianamente *convertuntur*, es lugar de encuentro, trámite de socialidad; no una unidad corpórea cerrada en sí misma, sino un cuerpo plural, un cuerpo colectivo y un cuerpo múltiple: cuerpos que en efecto se dicen de muchos modos, cuerpos que son «cielo, tierra, mar», cuerpos que son dioses, cuerpos de la naturaleza y del universo, y cuerpos sociales que son familias, grupos, corporaciones, formaciones, muchedumbres, gentes, pueblos, naciones, humanidad. Esta polisemia del cuerpo no es sin embargo sinónimo de confusión e indistinción, porque es verdad más bien «que las mentes son todas iguales», y que éstas «adquieren la diversidad por la diversa organización de los cuerpos y por la diversa educación civil» (*SNS*, § 415).

En tal perspectiva general, el tema corpóreo, con todos sus amplios matices y coloridos semánticos, tanto en sentido organicista como vitalista, simbólico, como también en el poético, fantástico, parece imponerse como uno de los motivos dominantes de la reflexión viquiana, un núcleo especulativo en torno al que gira su amplia, redundante, barroca meditación, y parece también indicar una penetrante clave de lectura, hasta el punto de que se podría verdaderamente afirmar, con Dino Formaggio, que *al principio era el cuerpo*. Un cuerpo como «plexo de intuiciones perceptivas-memorativas-imaginativas y de relaciones intercorpóreas»⁶, un cuerpo para Vico *originariamente estético*, porque es una unidad viviente de sentido en que ahondan las raíces las facultades de sentido, memoria, fantasía e ingenio, de cuya elaboración toma forma una sabiduría poética que se configura como una *sabiduría estética del cuerpo*. Las fuertes tensiones concernientes a la sensibilidad, la temporalidad, la afectividad, la imaginación, la memoria, la poesía, que atraviesan por completo la reflexión filosófica viquiana, y que son directamente reconducibles a la problemática de la corporeidad, parecen entonces converger en una completa teorización estética del cuerpo. Valga decir con ello una reflexión que individualiza en el cuerpo, como plexo fantástico-poético, el propio centro significativo y que afirma de tal modo el fundamento corpóreo, o sea intuitivo, perceptivo, simbólico, imaginario, de la estética misma. Y por consiguiente, en razón de este planteamiento discursivo, es posible afirmar que una estética que intente llamarse verdaderamente tal cosa, esto es, que intente indagar filosóficamente la esencia de

nuestras experiencias perceptivas, memorativas y creativas en sentido lato, no puede más que ser, como sostiene Formaggio, una «teorización polifónica del cuerpo» y que, también por dicha razón, debe tener seriamente en cuenta la reflexión estética viquiana y reconocer en ella una contribución teórica de extraordinaria relevancia, que se coloca precisamente en el lugar de origen de la estética moderna propiamente dicha.

Concluyendo, a la indagación viquiana sobre el momento inicial de los orígenes se debe entonces atribuir directamente la originariedad de la interrogación filosófica que le es improntada, su principalidad, es decir, su presentarse como conscientemente inédita, originaria y, en ciertos aspectos, también revolucionaria. Con todo, contrariamente a toda expectativa, aquella que podría ser llamada la «progresividad» de Vico no se funda sobre su presunto titanismo filosófico que recorrería los tiempos, así como pretendía Croce, cuanto más bien sobre aquella nueva mirada suya sobre lo antiguo, el comienzo, sobre su peculiar acercamiento genealógico a la historia por el cual podemos comprender el sentido y la dirección reconstruyendo con ello el complicado proceso de generación, las fases primarias y oscuras de su desarrollo, indagando la procedencia. Y la procedencia, recuerda Foucault, tiene desde siempre que ver con el cuerpo.

[Trad. del italiano por José M. Sevilla]

NOTAS

1. Cfr. G. CAPOGRASSI, *L'attualità di Vico*, in *Opere*, Giuffrè, Milano, 1959, vol. V, pp. 397-410. «First philosopher of beginnings» es también llamado Vico por EDWARD SAID en su estimulante volumen, dedicado propiamente a la noción de «inicio», con el título *Beginnings. Intention and Method*, Columbia University Press, New York, (1975) 1985, p. 350.

2. Para un encuadre más exhaustivo de las problemáticas aquí agitadas se envía a nuestro *Senso, corpo, poesia. Giambattista Vico e l'origine dell'estetica moderna*, Guerini, Milano, 1995.

3. Cfr. A. BATTISTINI, *Introduzione*, in G.B. VICO, *Opere*, Mondadori, Milano, 1990, 2 vols.; las citas de las obras viquianas siguen esta edición; para la *Scienza nuova* de 1744 (*SNS*) viene dada, como es sabido, la indicación por parágrafos.

4. Son de gran interés para este propósito algunas consideraciones de D. FORMAGGIO, *Arte* [1973], Mondadori, Milano, 1981, pp. 93-98, acerca del cuerpo como doble estructura de «carencia» y «ulteriorización» conjuntamente –como se verá brevemente– como complejo perceptivo, memorativo e imaginativo, y de U. GALIMBERTI, *Il corpo*, Feltrinelli, Milano, 1983, sobre el cuerpo como «apertura originaria». Para la articulación de este discurso se debe no obstante hacer referencia, más en general, a la problemática fenomenológica de la subjetividad corpórea como actividad intencionalmente orientada, pensada por E. Husserl, y a la del *Leib* en el sentido de «carne» y «carne del mundo», que es «indivisión de este Ser sensible que soy yo, y todo lo demás que se siente en mí, indivisión placer-realidad», pensada por M. MERLEAU-PONTY, de quien puede verse *Phénoménologie de la perception*, Gallimard, Paris, 1945, y sobre todo el póstumo *Le visible et l'invisible*, Gallimard, Paris, 1964 (trad. it. *Il visibile e l'invisibile*, Bompiani, Milano, 1969, de cuyas «Note di lavoro» se ha tomado la cita –p. 289–). Es necesario tener en cuenta también los resultados del *repensamiento* de esta tradición fenomenológica conseguidos tanto en el ámbito del así denominado deconstruccionismo, por obra de pensadores como Derrida mismo y, recientemente, sobre todo, de J-L. Nancy (de quien puede verse el importante *Corpus*, Paris, 1985), como en el ámbito del pensamiento foucaultiano.

5. G. MODICA, «Umanesimo e corporeità in Vico», en AA.VV., *Giambattista Vico. Poesia, Logica, Religione*, Morcelliana, Brescia, 1986, p. 359.

6. Cfr. D. FORMAGGIO, *La «morte dell'arte» e l'Estetica*, Il Mulino, Bologna, 1983, pp. 284-305.

* * *